

# La Lucha

Aparece los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Suscripción anual, 5 ptas.— Paqueteros, 10 ctms. ejemplar.— Pago adelantado, 8 ctms. ejemplar.

América y Portugal, suscripción anual, 6'50 ptas.— Número suelto, 20 ctms.— Paqueteros, 15 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 12 ctms.

Demás países, suscripción anual, 8'50 ptas.— Número suelto, 25 ctms.— Paqueteros, 18 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 15 ctms.

Publicación Cristiana Social Anticlerical de Cultura Progresista y Regeneradora.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gra. Barcelona, 48.

Precio, 15 ctms.

## El Conflicto chino-japonés

Como pacifistas empedernidos, no podemos menos que protestar contra la actitud del Japón, con respecto de China.

El escorpión militarista japonés, que, desde antes de la guerra con Rusia, no puede ocultar sus ambiciones imperialistas, ha caído como voraz ave de rapiña sobre el dolorido cuerpo chino y ha empezado a hacer estragos en él.

Todo el mundo civilizado censura la desfachatez nipona y ningún hombre amante de la equidad y de la justicia aprueba las bárbaras agresiones guerreras de que hace objeto a la república china.

Un pueblo como el japonés que se alimenta casi exclusivamente de arroz y agua; un pueblo profligico como el primer individuo de la escala zoológica, que no quiere contener este defecto, porque su afán, su hambre imperialista se lo prohíbe, pues quiere poner muchos hombres en pie de guerra, cuando las circunstancias le favorezcan para ello, a fin de realizar su loco desvarío de dominar el mundo; un pueblo del que varias naciones tienen que precaverse, como de las plagas de langosta, pues trastorna la normalidad del trabajo, invadiéndolo con innumerables individuos que trabajan a precios desconcertantes, al fin para vivir una vida miserable, y ahorrando lo increíble para llevar sus riquezas a los bancos de su país, para que éste tenga los suficientes millones a su disposición para ir en todo momento a la vanguardia de las naciones que más se arman, obligando a éstas, con sus desplantes, a armarse cada vez más y arruinando a sus respectivos países con sus excesivos gastos guerreros, merece la execración de toda la Humanidad.

A la hora en que escribimos estas líneas, todas las naciones viven presas de la mayor ansiedad, pues el conflicto provocado por el vesánico Japón puede producir una conflagración de consecuencias mucho más terribles que la de 1914. Es posible que, ante la repulsa universal contra la fiera guerrera japonesa, esta vuelva avergonzada a su cubil; pero hay que ir con cuidado, pues, en cualquier inesperado momento, puede hacer una de las suyas. Si no se le arrancan uno a uno sus dientes y sus uñas, no viviremos tranquilos.

¿Qué hace le Sociedad de las Naciones? Hasta ahora, el ridículo.

\* \* \*

En el momento de escribir esta crónica, llega hasta nosotros la noticia de que son deportados los encartados en el complot revolucionario del Llogregat y Cardoner y de que se hacen preparativos para una nueva intentona revolucionaria.

Habíamos pensado ocuparnos de este asunto, pero causas ajenas a nuestra voluntad nos lo impidieron. Por fin, decidimos hacerlo, largo y tendido, en el próximo número.

TÁNTALO.

## Machacando...

Siempre que veo a algún cristiano escandalizarse, porque otros que se honran con dicho nombre se interesan en las cuestiones políticas y sociales, me acuerdo de las palabras del Maestro: «Vosotros sois la sal de la tierra», y vienen a mi memoria las enormes pirámides de sal, que tantas veces he visto alzarse aisladas en las marismas de las costa gaditana. Aquella sal de nada aprovecha, mientras no se mezcla a los alimentos para darles sabor, mientras no se pone en contacto con la carne, cuya corrupción se quiere evitar. Y ese mismo efecto de las pirámides de sal, que se yerguen aisladas en las ma-

rismas gaditanas, me producen los cristianos que no ven la necesidad de ponerse en contacto con el mundo, para purificarle. Son pirámides de sal que se conservan intactas, mientras, a su lado, el cuerpo social se descompone por falta de esa sal que le dé sabor y evite su corrupción.

¿De dónde nace este estado de cosas, a nuestro entender, tan pernicioso? Sencillamente, de una idea demasiado estrecha del Evangelio y del espíritu que lo caracteriza. Pensar que el Evangelio puede hacer a los que lo siguen indiferentes a los problemas que hoy agitan a la masa social, es tener de la doctrina

de Cristo una idea limitada y ruin. Allí donde los hombres se esfuerzan por lograr el triunfo de la justicia, por impedir la explotación del débil, por sanear la conciencia pública, allí está latente el espíritu del Evangelio y allí deben estar los que evangélicos se llaman, para dignificar, purificar y encauzar los esfuerzos de sus conciudadanos.

Y no se diga que el cristiano no puede ni debe tener tiempo más que para las cosas del espíritu exclusivamente. El dar a Dios lo que es de Dios, no exige a los cristianos de dar al César lo que es del César. El cristiano, lo mismo que el que no lo es, ha de pagar tributos en dinero y en sangre, y ha de ver su vida condicionada por leyes que tal vez mermen sus derechos más sagrados. ¿Por qué, pues, no ha de tener interés, e interés grande, en lograr que gobiernen los mejores y en llevar a la vida ciudadana algo del espíritu del Evangelio, algo de esa justicia que enaltece a las naciones? ¿Por qué ha de pensar que es su obligación mantenerse apartado del torrente de la vida nacional, como si

ese torrente no tuviera en él influencia alguna y como si no fuera su obligación encauzarlo y purificarlo en lo posible? ¿Por qué ha de creer que es su obligación, como cristiano, encerrarse en su concha, cuando se debaten en el mundo problemas trascendentales y cuando se está librando entre las diversas clases sociales una lucha a muerte? ¿Es que el Evangelio no tiene solución para esos problemas y ramo de olivo para esas luchas encarnizadas? Pues, si tiene una cosa y otra, hay que ir al mundo a mostrarlas, en vez de aguardar a que el mundo venga a nosotros por ellas. El sabor y las cualidades purificadoras que tenemos, nos han sido dadas para algo más que para disfrute personal; a saber: para sazonar el mundo y evitar su corrupción. Por eso, cuando un cristiano o un grupo de cristianos, dejándose llevar de un falso misticismo, miran los problemas políticos y sociales como cosa en la que es hasta pecaminoso mezclarse, pienso con pena en las pirámides de sal que se yergen aisladas en las marismas gaditanas...

JOSÉ CARABALLO.

## Carlos III y Niceto Alcalá Zamora

EL SIGLO XVIII

### Expulsión de la Compañía de I. de Loyola

No disfrutaba la Compañía de Ignacio de Loyola de aquel prestigio que en otros tiempos había logrado. Germinaban durante el Siglo XVIII otras ideas en contra de esta Compañía que tenían aceptación no precisamente entre la clase baja, embrutecida por el fanatismo católico, sino entre las inteligencias más preclaras, los políticos más influyentes y los monarcas más poderosos.

A mediados del siglo, Pascal, hombre de gran reputación científica, tomó por su cuenta en las célebres *Letras Provinciales*, de acreditar las doctrinas y costumbres jesuíticas con frases tan acertadas como estas: *Los jesuitas en su catecismo enseñan tanto la fe como la calumnia. Su ley soberana es la utilidad de su Sociedad.* Si bien el epigrama y el sarcasmo ocuparon en esta obra más espacio que el razonamiento, lo cierto es que la pluma elocuente y la sátira aguda de Pascal hizo mucho mal a los jesuitas.

La ofensiva salió bien pronto de los límites del pueblo y los

respectivos gobiernos se prepararon para la defensa contra esta Compañía rebo: ante de odios y de ambiciones.

Portugal tiene el honor de ser el primer país que inició las hostilidades. El marqués de Pambal, que dominaba el ánimo del débil monarca portugués, después de intentar inútilmente una reforma de la orden, decretó su expulsión en forma todavía más enérgica de la que se empleó posteriormente en España, calificándolos en la orden de expulsión de la manera más terrible y con los epítetos más furibundos.

Posteriormente, un ministro de Luis XV, fundándose en la peligrosa actuación de esta Compañía, los expulsó también.

Viendo esta persecución el padre Clemente XIII, que era un fanático de la Compañía, publicó la bula *apostolium pasce* en su defensa, ensalzando a los jesuitas y proclamando su inocencia.

La bula produjo efecto contrario al que buscaba su autor: excitó las pasiones e hizo que se multiplicasen los odios con-

tra los religiosos de San Ignacio.

En España, en donde se habían acogido los jesuitas franceses expulsados, fué vista esta medida pontificia como inoportuna, por su adulación exagerada e injustificada a la Compañía de Jesús.

Tres años más tarde, España, durante el reinado de Carlos III, los expulsó también.

Igual resolución adoptaron en Italia.

A partir de este momento, los jesuitas emprenden una tarea de intrigas, de odios y venganzas para recuperar el terreno perdido, conquistándose el favor del padre de Roma; pero Carlos III, hombre energético, con todo y ser un ferviente católico, había llegado a comprender toda la hipocresía de los jesuitas y envió de embajador a Roma a José Moriño, más tarde conde de Floridaablanca, el cual, según decía el propio Rey, era *prudente, de buen trato y muy persuadido de la necesidad de la extinción de los jesuitas, pues ha visto cuán perjudiciales son.*

Francia, por su parte, enviaba también un hombre decidido con las mismas instrucciones.

La lucha diplomática que Floridaablanca sosfuvo con el representante de la Iglesia, retrata el talento, el ingenio y la constancia con que se sostenía por ambas partes: de Floridaablanca, para arrancar una resolución y del papa para no concederla.

Incapaz el de Roma para detener el ímpetu y la constancia de Floridaablanca, el 21 de Julio de 1773 firmó el *Bien Dominus de Redemptor Noster*, por el cual quedaba suprimida en todo el mundo cristiano la Compañía de Jesús.

C. P., trad. de J. E. S.

## EL IDEAL

Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella; jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrepitos de pocos años, prematuramente domesticados por las supersticiones del pasado; lo que en ellos parece primavera, es tibieza otoñal, ilusión de aurora, que es ya un apagamiento de crepúsculo.

Sólo hay juventud en los que trabajan con entusiasmo para el porvenir; por eso en los caracteres excelentes puede persistir sobre el apeñascamiento de los años.

Nada cabe esperar de los hombres que entran en la vida sin aficharse por algún ideal. A los que nunca fueron jóvenes, parécenles descarriado todo ensueño. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin ideal no se adquiere.—JOSE INGENIEROS.

## Consultorio

Abrimos esta sección para dar ocasión a aquellos lectores que se preocupen seriamente de ideas religiosas de exponer, por medio de breves preguntas, sus dudas acerca de la religión, de la vida de Cristo, de la Biblia en general, de la Iglesia, etc., etc. La Redacción procurará dar contestaciones breves y lo más objetivas posible a todas esas preguntas. No se mantendrá correspondencia privada sobre ellas.

## Contestación a la Carta Abierta de Teófilo Edo

Sr. Don Teófilo Edo.

PRESENTE.

Mi buen amigo Edo:

Con mucho gusto y con el más noble interés, paso a contestar los conceptos vertidos en su importante *Carta Abierta*.

En primer lugar, le felicito porque se encuentra ya en camino de regeneración espiritual. Como otros tantos y tantos, no era suya la culpa, si V. se encontraba convertido en un materialista. Verdaderamente, yo no hallo extraño que la incredulidad invada todas las esferas; al contrario, dada la manera de proceder de los que se han otorgado a sí mismos el título de directores espirituales de la Humanidad, lo miro como la cosa más natural. V. ahora ya conoce que la religión católica no se parece en nada a la religión cristiana, como es posible que otras religiones, que se llaman también cristianas, comprenda que también distan mucho de serlo. La filosofía de Jesús, y esto lo reconocen hasta los escritores enemigos del Cristianismo, fué una verdadera revolución para las costumbres generales de su tiempo, pues que no entrañaba solamente la parte espiritual, sino también la económica, o, como diremos hoy, la social; así lo comprendieron y practicaron los Apóstoles y los cristianos primitivos y por esta razón el Cristianismo se abrió paso a través de las persecuciones y de los contratiempos. El Cristianismo, durante los tres primeros siglos de su existencia, significaba la completa emancipación del proletariado; por eso los poderosos que integraban el paganismo veían en las fraternales e igualitarias creencias cristianas un verdadero peligro para sus injustos privilegios y por eso arrebataban sus persecuciones contra la nueva doctrina, desconociendo que las persecuciones son el mayor estimulante de las ideas. El espectáculo que con tanta frecuencia dieron los Césares de arrojar a los mártires cristianos a las fieras del Circo Romano y a otros circos del Imperio, lejos de disminuir los adeptos a la nueva fe, los aumentaba prodigiosamente. Hubo necesidad de recurrir a la adulteración de la filosofía cristiana, cosa que tuvo lugar inmediatamente después del triunfo de Constantino sobre su rival Majencio, para que cayera en descrédito y emperaza a perder todos sus atractivos como ideal emancipador. Repátese el Programa Cristiano (el *Nuevo Testamento*), tal como lo propagó Cristo y sus Apóstoles, y repátese el Cristianismo plagado como está hoy de innovaciones perniciosas, de contradicciones, contrasentidos y tergiversaciones, y se verá que ni es sombra de lo que fué y sí totalmente opuesto al Cristianismo que fundó el Maestro de Galilea y sus Discípulos. Por eso fué posible el denigrante feudalismo de la Edad Media, instaurado por individuos que por repugnante sarcasmo se llamaban cristianos; por eso pudo tener lugar la gran ignominia de la Inquisición, escudándose sus inicuos fundadores en el infame pretexto de defender la pureza de la Iglesia de Cristo, cuando precisamente los que la defendían eran las víctimas de los esbirros del Santo (¿) Oficio. Por eso y otras muchas cosas, el Pueblo, en general, no cree hoy en el Cristianismo, lo cual, si bien tiene su razón de ser, no deja de ser una injusticia que se infiere a una filosofía que jamás será superada ni igualada por ninguna otra, pues que es la única que lleva en su seno el fermento de la emancipación integral del género humano.

Si eso es tal como dejo apuntado, y en la convicción de que el mundo no mejorará, si los hombres no retornan a las fuentes del Cristianismo, ¿qué debemos hacer? Propagar, al mismo tiempo que la salvación de las almas, lo que V. dijo encontraba a faltar como complemento: la parte del cuerpo, es decir, el aspecto social del Evangelio o el Cristianismo fraternal llevado a la práctica.

Como a V., a todos los que se hallen en su caso, el Cristianismo Social hará brotar en su pecho la flor de la espiritualidad, si en ello ponen interés.

V. dice que espera que yo no desistiré de intentar llevar a la práctica el Cristianismo Social; creo que huelgan tales palabras, pues ya hace diez y seis años que batallo por tan gloriosa causa, y aunque cuento las decepciones e ingratitudes a puñados, lejos de apagarse mi optimismo, cada vez se enciende en mi corazón con más potencia su llama.

De si los evangélicos españoles repudiarán o no el Cristianismo Social, que aun no han podido probar, ni jamás podrán hacerlo, que no sea el verdadero Cristianismo del Evangelio, al que sólo resisten los esclavos del salario, cosa que tendremos oportunidad de demostrar, es de lo que no puedo responder. Voy observando que la mayoría han tomado una gran dosis de cloroformo y veo que su despertar es muy lento; no creo todavía en su muerte definitiva, pero hasta ahora el éter que se les va aplicando no los despierta. En honor a la verdad, no son todos los evangélicos los que todavía están durmiendo, pero aun los despiertos se encuentran muy soñolientos. Veremos a ver...

No obstante, tomen los evangélicos la actitud que tomen, con respecto al Cristianismo Social, si esta teoría la creemos capaz de realizar el milagro de pacificar a los espíritus, debemos llevarla a la práctica a toda costa y sin pérdida de tiempo. Ahora que los evangélicos tienen la República que los ampara, sino intentan trabajar por la Reforma utilizando el Cristianismo Social, y no por una Reforma incompleta como la realizada en el siglo XVI por Lutero, que dejó abandonado el aspecto social del Evangelio, de cuya falta es causa el actual malestar del mundo, ya veremos como no harán nada entre las masas, ni atraerán a su campo a ningún intelectual, y es de esperar que la intolerancia demostrada en Málaga y en Tarrasa recientemente, con motivo de dos actos públicos, se convertirá en el plato del día. Ya lo dije en un capítulo de mi libro *El Cristianismo Social: RENOVARSE O PERECER*. O se adopta *El Cristianismo Social*, única táctica de atraer la popular simpatía hacia el

Evangelio, o es inútil todo intento de Reforma. En cuanto a secundarnos o no, todavía es prematuro asegurar nada definitivamente; si bien no pasan de cincuenta los que nos han demostrado sus simpatías, también podemos asegurar que ni uno sólo se ha atrevido a cerrarnos el paso de una manera franca. Todo, hasta ahora, se circunscribe a mera expectación.

Lo que, a mi entender, tenemos que hacer, es no volver la vista atrás. Recordemos que Cristo dijo que Dios podía levantar hijos a Abraham aun de las mismas piedras, y es muy posible que también se cumplan sus palabras de que los postreros serán los primeros, como le acontece ahora a V.

En cuanto a la fundación de la Colonia Cristiana Social, creo la podemos realizar con relativa facilidad, si, como veo muy posible, 50 individuos, debidamente dispuestos, lo desean. Voy afirmándome en la idea de que la primera Colonia Cristiana Social tenemos que fundarla en Sabadell, puesto que lo conozco y sé que se presta para ello. ¡Ojalá, que entre los preparados por la labor regeneradora hecha por *Acción Cultural* respondan, que podremos decir que la fundación de la Colonia Cristiana Social será muy en breve una hermosa realidad!

Considero que los números hechos por V. puedan dar su resultado; todo estriba en multiplicar el esfuerzo. Por mi parte, espero con ansiedad las 50 personas que, a juicio de V., han de responder a la idea de la fundación de la Colonia. Iniciativas no nos faltarán para llevar victoriosamente la obra adelante; pero ahora el gran *quid* consiste en encontrar a esas 50 personas dispuestas y en prepararlas debidamente para la obra regeneradora de la Colonia.

Quizá tenga razón en aconsejarme el no fundar otro periódico, si es que los sostenedores de LA LUCHA, que lo son todos sus suscriptores y paquetes, no tienen inconveniente en dejarnos un poco de espacio para tratar este importante asunto. En este caso, puesto que los evangélicos no han respondido con la unanimidad que debían a nuestra generosa y salvadora idea, debemos dejar todo el espacio del periódico, que nosotros no ocupemos con la propagación de la Colonia, espacio éste que debemos limitar todo lo posible, dejando el correspondiente a la propagación cultural y regeneradora que antes realizábamos en *Acción Cultural*.

Soy del parecer de V., en cuanto a no descuidar los preparativos de la fundación de la Colonia. Referente a la confección del Reglamento, por el cual habrá de funcionar la misma, creo que antes es preciso exponer un plan bien detallado de lo que la Colonia va a ser y tiene que realizar, estudiadas las circunstancias bajo las cuales nos veremos precisados a obrar, plan que pienso exponer en el próximo número.

No queriendo molestar más su atención y la de los demás lectores, ya sabe lo quiere fraternalmente

El Editor de LA LUCHA.

Sabadell, febrero de 1932.

## El Deseo Inmortal

Sostén de los mundos, motriz de la vida,  
fulgor de los soles, esencia florida  
de todo Ideal;  
del músico escala, numen del poeta,  
del pintor colores, gloria del asceta,  
del hambriento pan;  
savia de las plantas, trino de las aves,  
sangre de la arteria, clave de las claves,  
germen perennal;  
consuelo del triste, fénix del vencido,  
fuerza inagotable, el Deseo ha sido,  
es siempre y será.  
Por él se consuma toda valentía,  
todos los progresos, toda gallardía,  
toda libertad.  
Porque luz desean, germinan las flores;  
porque unión desean, crecen los amores;  
todo es desear.  
Desea quien ríe, desea quien llora,  
desea el que usurpa, desea el que implora,  
desea el titán;  
desea el pigmeo, desea el mediano,  
desea el enfermo a la par del sano,  
desea el formal;  
desea el tramposo, desea el austero,  
desea el vehemente, desea el primero,  
como el terminal;  
desea el valiente, desea el cobarde,  
desea el templado, desea quien arde,  
desea el glacial;  
desea el ateo, desea el creyente,  
desea el juicioso, desea el demente,  
desea el vulgar;  
desea el sublime, desea el gregario,  
desea el mendigo, como el millonario,  
como el menestral;  
desea el hidalgo, desea el mezquino,  
desea el más santo desea el dañino,  
desea el cabal;  
desea el que hostiga, desea el que aguanta,  
desea el insecto, desea la planta,  
desea el yerbal;  
desea la nube que cruza ligera,  
desea la cima que surge altanera,  
desea la mar.

Dentro de las piedras descubro un inicio  
de vida muy simple, que juzgo es indicio  
de anhelo fatal.

Formas del deseo son las igniciones,  
la luz, el sonido, las coloraciones,  
la electricidad.

Hasta los rendidos y tristes suicidas  
desean librarse de sus duras vidas,  
llenas de pesar.

En el mismo Cielo, si a él se llegara,  
algo se buscara y se deseara  
con perpetuo afán,  
porque cualquier vida, la más perfectible,  
es insostenible, es inconcebible,  
sin el desear.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO,

# DIOS

III

Dos métodos igualmente científicos  
para llegar a la conclusión que buscamos:  
la existencia de Dios.

Aunque más bien escribimos para el pueblo, al cual nos debemos, y a modo de demostración de que la Fe no está reñida con la Ciencia, como iremos viendo, entraremos por nuestro tercer artículo dentro lo que podríamos llamar el terreno de la filosofía oficial, para presentar otra prueba, y ésta muy científica, en demostración de nuestra afirmación: existe Dios.

Buscando asegurarnos de las cualidades de alguna cosa material; deseando convencernos de que un semejante nuestro es lo que aparece ser a primera vista, usamos de dos simples métodos.

1.º El argumental.

2.º El experimental.

Según sea de qué se trata y la atención que nos merezca, nos servimos de uno u otro, y a veces de ambos.

Ejemplo: Deseando suplir una necesidad, salimos a comprar un pedazo de madera. Llegados al almacén, y dadas nuestras explicaciones, nos presentan un listón cuya apariencia es tal como sabemos posee la clase de madera que precisamos. Además, el que nos la vende nos asegura que sus cualidades convienen al objeto a que la destinamos.

Quedamos un instante indecisos antes de decidirnos, y al fin nos quedamos con ella; he aquí un ejemplo de método argumental.

Después llegamos a nuestra casa, y entonces cogemos un clavo y un martillo, quizá la sierra, y probamos la dureza y consistencia de la madera; he aquí ahora un ejemplo de raciocinio mediante el método experimental.

Así obramos en nuestro trato con nuestros semejantes: Viene alguno y nos recomienda para amigo a uno, cualquiera, un desconocido hasta ayer; nosotros, que tenemos confianza en quién nos lo recomendó, entramos en relaciones con el presentado.

Pero un día nos damos cuenta de que el asunto que íbamos a tratar con él es de tal índole, que nos será necesario asegurarnos antes de su honorabilidad poniéndola a prueba. Así lo hacemos, y llegamos a una conclusión lógica que nos ha convencido plenamente.

Ha resultado de nuestro experimento algo, y hemos llegado a esto usando de la lógica y la filosofía experimental, dos métodos igualmente científicos.

Supongamos ahora que nuestra necesidad es llegar al convencimiento de la existencia o no existencia de Dios, ¿podremos asimismo usar de estos métodos?

Sin ninguna duda, y no solamente podemos, sino que también debemos usarlos.

Pero, ¿de qué manera? ¿Podemos salir a la calle en un día de sol, sin una nube en el cielo, para gritar a Dios: ¡Si en verdad existes, muéstrate a mi haciendo que llueva en este mismo momento! ¿Subiremos a la azotea de nuestra casa y exigiremos la aparición de un ángel del cielo para que nos descubra el misterio de la vida más allá de la muerte?

Es seguro que fracasaremos

en nuestro intento, ya que nuestra propia presunción dictando órdenes al Creador haría imposible su manifestación.

Y aun es posible que si Él nos escuchara aviniéndose a aceptar nuestra proposición, quedaríamos turbados, buscando una explicación a la visión, acabando por ver en ello un fenómeno de autosugestión a lo más.

En vez de esto, aceptemos de buen grado cada uno de sus mandamientos, tras los cuales nos promete siempre algún premio, y hagamos el experimento. Pongámonos ante Él con el respeto debido, y digámosle:

—Tú dices que prosperarás al hombre de corazón liberal, y yo voy a ponerte a prueba.

Tú aseguras «que el que pide a Tú recibe, el que busca halla, y al que llama Tú abrirás», y yo voy a probarlo.

Tú aseguras por Cristo, «que el que desea hacer tu voluntad conocerá si la doctrina es de Dios, o el Maestro hablaba de sí mismo». Yo voy a procurar hacer tu voluntad para que te manifiestes a mí.

Tú has dicho que «es mejor el que tarde se aira, el que se enseñoree de su espíritu, que el que toma una ciudad». Yo voy a evitar la ira para ser fuerte.

Tú declaras, en fin, que el licor del vaso debe ser evitado por mí, «porque, al fin, como serpiente morderá y como basilisco dará dolor». Yo evitaré la bebida.

En muchas partes del Libro, que se ha dado en creer tu revelación, aconsejas al hombre huir de las pasiones todas para ser feliz y vivir largos años siendo prosperado, y yo estoy dispuesto a dejarme guiar por tu consejo.

¿Qué sucederá, si hacemos y cumplimos estas promesas? Pues que Dios cumplirá las suyas.

Reguntemos a la Historia si ha sido defraudado el hombre cuando ha obedecido a Dios, aun que sólo se haya servido del aviso de su conciencia para evitar el mal.

La Historia nos responde esto: Cuando el hombre ha obedecido a Dios, éste se ha manifestado al hombre enviándole verdadera paz y progreso efectivo.

Existen leyes en el orden físico de las cosas, que al ser rotas producen sufrimiento y llevan al caos. Existen otras en el orden moral que al ser rotas nos hacen igualmente sufrir. Nadie puede negarlo. ¿Será extraño afirmemos que el dolor de los siglos y la miseria del hombre es el resultado de su apartamiento de Dios, del desprecio a sus mandamientos, el resultado de romper sus leyes, en menos palabras?

¿Y no es esto tan científico como verter una gota de ácido nítrico sobre lo que parece oro para asegurarnos de que lo es?

¿Qué podría aducir el mismo Baco, el padre de la filosofía experimental, en contra? ¿Qué Aristóteles o Arquímedes, maestros de la antigua lógica y la vieja ciencia, que gobierna nuestros pensamientos, aun hoy, después de 23 siglos?

Nada, ya que son nuestros dos métodos los que ellos mismos usaron para sus descubrimientos filosóficos o físicos que han enriquecido a la Ciencia para siempre.

En mi cuarto artículo demostraré que las leyes de la Naturaleza son evidencia de la existencia de un legislador: Dios.

ANTONIO ALMUDÉVAR.

## Instantáneas

### GUERRERISMO

Las últimas estadísticas del ramo de guerra suministradas por las naciones, arrojan una suma de millones tan fantástica como espantosa. Nada menos que a 102,948,298,950 de francos se eleva el presupuesto de guerra actual en el mundo.

Tal cantidad, significa la ruina de las naciones, pues el fabuloso montón de millones nombrados, que representa la economía mundial, conseguida con la sangre y el sudor los de trabajadores, se destina insensatamente a una obra negativa, destructora. Tan estupenda suma que, en buena lógica, debiera invertirse al bienestar general de la Humanidad, nada menos que es dedicada a un nefasto ideal de aniquilamiento.

¿A dónde nos llevan los hombres de estado? ¿No se dan cuenta de que vamos a pasos de gigante a una horrenda hecatombe? Asusta verdaderamente la gran cantidad de armamentos que hoy tienen acumulados las naciones. Si en los momentos actuales tuviese lugar una nueva conflagración, conflagración que el día menos pensado se puede presentar, la de 1914 sería cosa de niños, comparada con la que hoy podemos presenciar. Con el material de guerra hoy disponible, ni el mismo Dante sería capaz de describirnos el terrorífico cuadro que cualquier día podemos contemplar.

Mientras tanto, en el mundo hay 32.450,000 obreros parados, que con lo que se invierte en incensar a Marte, sobraría una cantidad incalculable para emprender obras de interés general y poder ocupar a tantos hombres sin trabajo.

Entre tanto, los estadistas de Ginebra no dan una solución satisfactoria al pavoroso problema de los armamentos, con lo cual se logra que el mundo pierda la fe en los hombres y se vaya preparando una atmósfera apocalíptica que es muy posible no tarde mucho en asfixiarnos a todos.

¡Menos palabras y más hechos; menos platonismo y más positivismo, hombres que tenéis en vuestras manos los destinos del mundo, pues, de otra manera, el caos no tardará mucho en llegar!

PROMETEO.

## SUEÑO DE CONDENACIÓN

Recuerdo que me dormí bajo una impresión de tristeza, al ver lo reacio que es el hombre en fomentar y adoptar lo que tiende a la regeneración y redención del género humano y con cuánta facilidad se abandona en brazos de todo lo que embrutece, degrada y esclaviza.

Entregado ya en brazos de Morfeo, me puse a soñar que me encontraba en un intrincado laberinto, del que pronto me di cuenta que me sería difícil salir, sino venía una Ariadna a prestarme su auxilio, como se cuenta que sucedió con cierto personaje que se introdujo en el laberinto de Creta y al que proporcionó un ovillo de hilo para que le sirviera para su salvación. Pero no me asusté de encontrarme en tal sitio, tomé la resolución de no asustarme, aunque me encontrase frente a frente del mismísimo Minotauro o de una nueva Hidra de Siete Cabezas que amenazase devorarme. Al fin y al cabo, ¿qué es la muerte para el que cree que el morir es dormirse en la tierra para despertarse en la eternidad?

Me propuse avanzar resueltamente por el laberinto, pensando que en la vida me he encontrado ya en serios apuros y siempre una mano misteriosa me ha guiado, haciendo que saliera airoso de ellos. Pero, ¿por dónde avanzar? Los senderos y vericuetos se multiplicaban, en diferentes direcciones. ¿Cuál camino escoger? ¿Y a dónde me llevaría el que escogiese? Me fijé en uno y vi que era el más recto de todos. Ya no titubeé un instante más.—Es éste el que te conviene, me dije a mí mismo. No era aparentemente el mejor. Los había muy trillados, anchurosos y en mejor estado que el que escogí. Pero el mío, aunque

estrecho, pedregoso, lleno de maleza y punzantes espinas, que, sin duda, dificultarían mi marcha, era el recto y no quise abandonarlo.

No había tiempo que perder. Era ya tarde y si la noche se echaba encima, se haría mucho más difícil el avanzar. Cogí un bastón de alpinista, que encontré abandonado en el suelo, muy parecido al que uso en mis excursiones, y emprendí la marcha, tan decidido como anhelante. Al principio, la grava que las lluvias habían depositado en el camino, me molestaba soberanamente, los espinos de los zarzales se clavaban cruelmente en mis carnes y desgarraban lastimosamente mis vestidos. De trecho en trecho, la maleza era tan espesa y abundante que dificultaba grandemente mi paso. Además, el camino era todo cuesta, de una ascensión penosísima. Pero yo, adelante siempre sin desmayar con el bastón que llevaba, que, además de sostenerme cuando las muchas piedras que había debajo de mis pies se escurrían por mi peso y hacían resbalar y tambalear mi cuerpo, me servía para apartar también las zarzas y matas que obstruían el escabroso sendero. Me pareció escuchar algunos aullidos de fiera que partían del corazón del bosque, pero no me contuvieron, no les hice caso.

Habría ya andado unas dos horas por tan ingrato como penoso camino, cuando pude observar que, a medida que continuaba avanzando, las dificultades iban disminuyendo. Ni el camino era tan áspero, ni la selva era tan empinada ni espesa como antes. Redoblé el paso sin vacilar, pues el sol estaba ya en su ocaso y no tardaría en llegar la obscuridad de

la noche. Cada vez encontraba al paso menos estorbos; pero la noche iba avanzando rápidamente, hasta que no tardé en encontrarme completamente envuelto por las tinieblas. No obstante, el camino que había escogido no ofrecía dudas, y, a la escasa luz de las estrellas, seguía andando. De pronto, a lo lejos, muy lejos, vi una claridad enorme, que de pronto me pareció ser la selva envuelta en llamas. Me detuve un momento para cerciorarme de si lo que veía era verdaderamente un incendio y me di cuenta de que lo que tenía ante mis ojos era como una grandiosísima ciudad maravillosamente iluminada.

La sed y el cansancio empezaban a rendirme. Afortunadamente, oí cerca del camino ruido de aguas; me dirigí hacia el lugar donde el murmullo de la corriente partía y me encontré con un abundante manantial, cuyo refrescante líquido me sirvió de grato refrigerio. Me sentí un momento y pronto me sentí nuevamente con fuerzas para proseguir adelante. A medida que avanzaba, iba aumentando la claridad de lo que al principio me pareció incendio; ya no me cabía ninguna duda, pues que pude darme exacta cuenta de que me encontraba ante una inmensa urbe, tan bella como misteriosa.

De pronto, cuál no sería mi asombro y alegría, cuando me encuentro con un poste en el que había un letrero que decía: «AL PARAISO». Entró en mí una gran confusión.—¿Qué haces ahora?, me pregunté. Tú no estás muerto y al Paraíso sólo van los que han dejado de existir. Ante tal perplejidad, no sabía si avanzar o retroceder.—¡Retroceder! ¿Pero por qué? Hasta ahora, nada se opone a que prosigas adelante. ¡Adelante, pues! Cuando menos, que te sea dable llegar hasta los muros del magnífico lugar.—Continué la marcha, pero deteniéndome a cada instante. La emoción de que estaba poseído me había hecho perder mi paso firme y andaba dando traspiés como si estuviese embriagado. Los fulgores y destellos que partían del Paraíso; la placentera atmósfera que respiraba, saturada de fragancias, tan gratas como desconocidas, que despedían, sin duda, los floridos vergeles de la maravillosa mansión; las armonías de mil músicas melodiosas, acompañadas de cantos jamás escuchados por ningún ser humano

que llegaban a mis oídos, todo contribuía a sumirme en un estado raro de inconsciencia. Me senté en una piedra que había a un lado del camino, apoyé los codos en las rodillas, sosteniendo la frente con ambas manos y me puse a reflexionar sobre la visión estupenda que enfrente mío tenía.

No sé el tiempo que estaría ensimismado en el pensamiento de si iría adelante o volvería atrás. Por fin, ya un tanto repuesto de la emoción, decidí ir adelante.—¿Pero dónde te presentarás, me dije, con este vestido tan estropeado y el calzado tan roto, por efecto de la dificultosa caminata? Me miro y veo con estupor que ya no llevaba el mismo traje ni el mismo calzado. En su lugar, llevaba una completa vestimenta de peregrino. No había duda que algo misterioso había dispuesto que no pensara ya en volver atrás, y proseguí adelante. A cada paso que andaba, iban creciendo las emociones. Por fin, me encontré en los mismos muros de la gran ciudad. Estos muros que la resguardaban, tenían la forma de anfiteatro romano de inenarrable belleza y gusto artístico refinado. La muralla formaba un amplio vestíbulo, al cual daban libre acceso innumerables portales, que nadie guardaba, por los que yo asomaba la cabeza de uno a otro, sin decidirme a entrar.—¿Por qué no entras?, oí una cariñosa voz que me decía, sin que viera al que me invitaba a entrar. Yo dije:—Es que no he muerto todavía; vengo con mi cuerpo carnal, y aun cuando tengo vehementes deseos de morar en esta ciudad, cuando muera mi carne, he dejado en el mundo hijos, amigos y hasta... enemigos y tengo el deber de continuar una obra que he empezado en bien de todos.

La voz contestó:—Nadie te obligará a quedarte aquí, mientras no pases del vestíbulo, ni estás todavía en condiciones para pasar al interior de la ciudad. Pero puedes pasearte conmigo por esta especie de antecámara de la egregia morada, desde donde te será posible ver infinidad de cosas que te podrán servir grandemente de estímulo para continuar con más fe y tesón la obra que has empezado. Yo te serviré de cicero en lo que no comprendas.

Animado por tan lisonjeras palabras, pasé.

JOAQUÍN ESTRUCH.  
(Continuará).

## EGOÍSMO Y SOLIDARISMO

Una vieja fábula nos ofrece estos conceptos representados por dos animales, cada uno de los cuales encarna cualidades opuestas.

Estos animales son el caracol y la abeja.

Un día, en viaje ambos con fines distintos, se encuentran en un jardín.

El caracol se dirige a la abeja y le dice:

—«No podrás negarme que soy más listo que tú. Yo cuando viajo lo hago por cuenta de mi interés y de mi propia casa. Una casa que reúne las mejores condiciones de confort y de seguridad. En ella yo me siento seguro y bien instalado. En invierno, herméticamente cerrada, me tiene abrigado. Yo no he de apurarme por la crisis de la habitación. En cambio, tú te hallas siempre expuesta a la intemperie y a

los riesgos de la tempestad. Cuando los hombres no te recogen, te has de contentar abrigándote en el hueco de un tronco de árbol o en otro agujero cualquiera... Y cuando te recogen es precisamente para robarte el fruto de tu trabajo. ¿No preferirías tú ser un caracol, como yo?

La abeja contestó:

—No me causa la más pequeña envidia la suerte que tú me pintas. Por nada quisiera ser un egoísta como tú. ¿Qué ideal es el tuyo? ¿Vivir siempre metido en tu cáscara? Tu trabajo nada tiene de elevado. Todo lo ensucias; vas dejando tu baba por todas partes, hasta sobre las mismas rosas; tú no sabes más que destruir el trabajo de los demás y engordar a su costa.

—Es cierto—repuso el caracol—que no puedo tener pre-

tensiones elevadas, pero mientras recorro el camino de mi existencia, a ras de tierra, encuentro muy buenas y positivas realidades.

—Yo prefiero la asociación con mis compañeras, pues— replicó la abeja—, para trabajar en común. Con ellas nos repartimos la tarea conforme al interés de cada una y de toda nuestra asociación. Entre todas elaboramos la miel exquisita con las flores que nos brinda la naturaleza, las que sin nosotras no tendrían empleo útil. Así, nosotras creamos una riqueza que contribuye a hacer la vida posible y agradable a los seres animados. Y así podemos tener el orgullo de trabajar para la vida universal. No importa que tengamos que vivir en condiciones miserables algunas veces y que hayamos de abri-

garnos en algún antro de la selva. Pero cuando un hombre inteligente nos recoge, él mismo tiene un placer en cuidarnos con amor, rodeándonos de todas las comodidades, y entonces nuestro trabajo se hace más fácil y agradable en el orden material como en el moral; somos felices y respetadas, como corresponde a los trabajadores que tienen conciencia de servir a los intereses de la colectividad.»

De esta conversación se puede sacar la consecuencia de cómo hablan y de los principios en qué se inspiran los que sólo piensan en ellos mismos y los que se sienten animados por un noble ideal de justicia y de confraternidad; los que se inspiran en la solidaridad y los que viven sólo animados por el egoísmo.

desde aquel momento andaron por caminos extraviados, trazados arteralmente por sus enemigos, con lo cual se consiguió el descrédito y la deshonra del ideal cristiano y la gran infamia de ostentar su fracaso como ideal redentor.

¡Hombres de recta conciencia, que suspiráis por un mundo mejor: de-

fendiendo el Cristianismo Social y llevándolo inmediatamente a la práctica, además de reivindicar el más sublime de los ideales, podréis, por mediación del mismo, conquistar vuestra emancipación total en esta vida misma, la cual os deparará también la gloria de la venidera!

¡Hacedos cristianos sociales!

## “El Cristianismo Social”

En los tiempos de fiebre que transcurren, producida por las diversas teorías sociales que, a manera de aguas tumultuosas, lo invaden todo, era de una apremiante necesidad la publicación de un libro de la naturaleza de EL CRISTIANISMO SOCIAL.

En EL CRISTIANISMO SOCIAL, se reivindica una de las filosofías más sublimes, desacreditada por tirios y troyanos.

En EL CRISTIANISMO SOCIAL se planea un método que, de ponerse en práctica, dará fin, en un plazo rápido e inmediato, a todo lo que es causa del malestar presente.

EL CRISTIANISMO SOCIAL conviene ser leído por creyentes e incrédulos. Por los primeros, porque les señala sus incumplidos deberes sociales, y por los segundos, porque para ellos será una revelación, puesto que se expone con claridad meridiana, cómo puede transformarse la Sociedad Humana a satisfacción de los más exigentes, sin convulsiones ni violencias y por los medios más pacíficos.

Un tomo de 256 páginas de compacta lectura en 4.º, CUATRO PTAS.

Su adquisición da derecho a un trimestre de suscripción gratuita a LA LUCHA.

Pedidlo, acompañando su importe, a esta Administración.

### Para los compradores de “El Cristianismo Social”

Habiendo surgido algunas dudas a varios compradores de este libro, por la variación en los precios, expresamos a continuación lo que deberán abonar los que deseen adquirirlo:

Precio de venta en las librerías: 4 pesetas.

El libro y pago de la suscripción a LA LUCHA, deducido el trimestre de regalo para los que pagaron 5 pesetas por la suscripción a «Acción Cultural» del año 1931, 5'75 pesetas. Para los que abonaron 4 pesetas por el mismo concepto, 6'75 pesetas.

Para los suscriptores que no estén en disposición de abonar la suscripción total, pero que desean comprar el libro, con derecho a un trimestre de suscripción gratuita a LA LUCHA, 3 pesetas.

Para los suscriptores que no estén en disposición de pagar la suscripción del año 1932 y que pagaron 5 pesetas por la suscripción de «Acción Cultural» en 1931 y desean comprar el libro, bonificándose del trimestre de suscripción gratuita a LA LUCHA, 2 pesetas.

Para los paqueteros de LA LUCHA, 2 pesetas por ejemplo, recordándoles que han de ceder los ejemplares a sus abonados a «Acción Cultural» o LA LUCHA a 3 ptas.

Los pedidos del libro, no se toman en consideración, hasta recibir su importe. Se remiten los ejemplares francos de portes.

### Correspondencia Administrativa

Castellón, R. Ecroyd, 5 ptas. por suscripción.—Salvochea, A. Alveira, 12 ptas. por 5 ejempl. de «El Cristianismo Social». — Barcelona, J. Fló, 6 ptas. por paquetes y «El Cristianismo Social». — Cartagena, J. Crespo, 6'75 por suscripción y «El Cristianismo Social». — Almansa, J. Antonio Delegado, 14 ptas. por su suscripción y la de J. Delegado y 2 ejemplares de «El Cristianismo Social». — Alboraya, A. Leonor, 12 ptas. por su suscripción, la de J. Albiach y «El Cristianismo Social». — El Saucejo, T. Pariente, 5 ptas. por «El Cristianismo Social». — Barcelona, E. Chaná, 5 ptas. por suscripción.—S. Thibery, M. Carceler, 9'50 ptas. por suscripción.—Málaga, J. López, 7 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social»; Miguel Giménez, 7 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social»; José Ramos, 7 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social» J. Caballero, 7 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social». — Barcelona, P. Giménez, 4 ptas. por el paquete núm. 2. — Maracena, Antonio López, 5 ptas. suscripción.—Rodríguez, F. Alonso, 5'75 ptas. suscripción y «El Cristianismo Social». — Alcubierre, M. Ascaso, 5'75 ptas. por «El Cristianismo Social» para Doña Clara Aláiz, y el suyo.—Puerto Real, M. Ramos, 6 ptas. por suscripción. Puede reclamar los números que le falten.—Zaragoza, J. Sancho, ptas. 5'75 por suscripción y «El Cristianismo Social». — Chiclana de Segura, J. Zamo-

ra 5'75 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social». — Bilbao, M. Rodríguez, 5 ptas. por suscripción.—D. Mangado, 5 ptas. por suscripción.—Fuentes de Ropel, A. G. Villa, 5 ptas. por suscripción.—El Cerro, R. Boleas, 5 ptas. por suscripción.—Barcelona, J. Novell, 5 ptas. por suscripción.—R. Mir, 5 ptas. por suscripción.—Saucejo, J. Verdugo, 2 ptas. por «El Cristianismo Social». — Jerez de la Frontera, E. Tomás, 10 ptas. por dos suscripciones.—M. Rincón, 2'50 ptas. por ejemplares de LA LUCHA.—Jaén, R. Martínez, 11,50 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social» y otro «Cristianismo» y suscripción para Doña Rosario Hebrard.—Baña, F. Sánchez, 8 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social». — León, P. Vidal, 5 ptas. por suscripción.—Sabadell, P. Capella, 5 ptas. por suscripción.—Tarrasa, S. Vila, 10 ptas. por «El Cristianismo Social» y suscripción.—Puebla de Cazalla, F. Santos, 12 ptas. por 5 ejempl. de «El Cristianismo Social» una para D. Antonio Barrera, otro para D. Manuel Vargas y el suyo.—Almargin, P. Rodríguez, dos giros de 1'85 ptas cada uno por paquetes.—Montilla, A. Pérez, 52'80 ptas. por paquetes, y 12 ejempl. de «El Cristianismo Social». — Lodève (Francia), J. Plans 9'65 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social». — Huesca, Valeriano Artero, 5 ptas. por suscripción.—Sabadell, C. Mitjavila, 4 ptas. por suscripción.—Antonio Almudévar, 4 ptas. por paquetes núms. 1 y 2.

## La Fiesta de la Reaparición del Sol en Laponia

En Bossekop, pequeña población situada en el borde del mar de Laponia, más allá del círculo polar, el disco del Sol, a partir del 17 de Noviembre, es completamente invisible. Durante algún tiempo, una tenue luz crepuscular ilumina aún hacia mediodía el contorno meridional del horizonte, esparciendo dudosa claridad; pero, al acercarse el 21 de Diciembre, hasta esta claridad se desconoce totalmente. Reaparece a principios de Enero y va creciendo por grados, hasta que por fin el 31 de este mes el disco solar empieza a mostrarse levemente, proyectando un tenue rayo, que es acogido por las aclamaciones de toda la población asomada a las ventanas o a los sitios más elevados, para saludar al astro bienhechor, cuya ausencia durante esta temporada hace sentir más el precio de sus rayos vivificadores.

Aquel día suspéndese todo trabajo, felicitanse las personas unas a otras, se baila, se brinda a la resurrección del Sol y por todas partes se siente la alegría de volver a ver la luz, después de una eterna noche de tres meses.

### PREDICANDO Y DANDO TRIGO

En esta sección insertaremos todos los donativos que se nos hagan para el sostenimiento de LA LUCHA.

Ni por un momento hemos dudado de que LA LUCHA ha de interesar profundamente a muchos, singularmente a los elementos evangélicos. Si éstos se dan verdadera cuenta de los tiempos que atravesamos y de los que se aproximan, saludarán emocionados su aparición y rivalizarán en sostener a toda costa un periódico tan necesario como este, que recogerá en su seno las auras de la nueva libertad que pronto vendrán a acariciarnos.

Los verdaderos simpatizantes, tendrán en cuenta que la vida de un periódico, en sus primeros números, es cuando es más difícil, máxime si se tiene en cuenta que ya se da a un precio excepcional, dado el coste actual de los materiales de imprenta, con el fin de intensificar en lo posible la propaganda.

Si se sabe apreciar lo que representa nuestra labor, los hechos lo dirán.

### DONATIVOS

	Suma anterior	15'50 Ptas.
Madrid, Vicente Romeo,	4'00	«
Alcázar de San Juan, Gregorio Rubio	2'25	«
Salvochea, Benjamín Puso	0'25	«
Barcelona, Elena Estaluet	2'00	«
Campillos, Francisco Gallardo	0'25	«
Almansa, Juan Antonio Delegado	0'50	«
S. Thibery, M. Carceler	1'00	«
Alboraya, Amadeo Leonor	0'25	«
Burguete, Mauricio Lapazarán	0'25	«
Huelva, Federico Urano	0'55	«
Málaga, José López	1'25	«
« José Ramos	1'25	«
« Miguel Giménez	1'25	«
« Joaquín Caballero	1'25	«
Madrid, L. Plaza	1'25	«
Tarrasa, Samuel Vila	5'25	«
Baña, Francisco Sánchez	1'25	«
<b>Total</b>	<b>35'55</b>	<b>Ptas.</b>

## “HELIOS”

Se ha puesto a la venta el número 189 de esta interesante revista, que difunde por doquier las sublimes doctrinas del naturismo, cuyo sumario es el siguiente:

Un momento, por C. Rufz Ibarra.—Espera..., por José M.ª Almela Rambla.—Mi silencio, por Mariano Collado.—Sobre la vacuna, por el doctor Eduardo Alfonso.—El problema de la alimentación, por Adam (L'homme nouveau).—El consultorio alimenticio.—Ortodoxia naturo-alópata, por el doctor Lucio Alvarez.—Impresiones de un naturalista, por Naturófilo.—Reflejos, por G.—¿Madrid, vegetariano?, por J. Galán Cerón.—Los ingleses y la vacuna.—Oro de ley.—¿Por qué cura la Medicina natural?—Bibliografía.—Pequeñeces, por Rafael Jiménez Carrillo.

Se vende en todos los quioscos y en la Redacción y Administración: C. Segorbe, 8.—VALENCIA.

Suscripción: 5 pesetas al año.

Suscríbase Vd. a “LA LUCHA”

Imp. Gutenberg, Cra. Barcelona, 48.—Sabadell,

## Ateísmo y Cristianismo Social

Cuando nosotros hemos afirmado que el Cristianismo Social puede obrar maravillas, no lo hemos afirmado porque sí. A la Carta Abierta de nuestro entusiasta amigo Edo, vamos a publicar otra de uno de nuestros mejores corresponsales de Asturias, D. José M. Suárez. No tenemos autorización de publicar tal carta, pero la damos a luz, creyendo que su autor nos perdonará tal indeclicidad.

Tenemos que advertir que, si no recordamos mal, este corresponsal fué uno que, con ocasión de una Controversia que iniciamos en Acción Cultural, cosa que recordarán nuestros lectores, por poco se da de baja, porque no quisimos continuarla, por no querer nuestro contínuo discuir, según condiciones, en forma adecuada, para que pudiéramos entendernos. Afortunadamente, no se dió de baja nuestro corresponsal, gracias a lo cual hoy nos es posible publicar su edificante carta. Dice así:

«Sr. Director de LA LUCHA.

SABADELL.

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración: Habiendo recibido hoy el paquete de LA LUCHA y habiendo leído su hermoso artículo sobre la fundación de una Colonia Cristiana Social, yo, que oyendo aquí a los que se llaman representantes de Cristo en la tierra me llamo orgullosamente ateo, leyendo sus artículos y en la forma en que V. defiende el Cristianismo, le hablo sinceramente que me siento creyente; por lo tanto, aquí me tiene a su disposición, para que V. vea en qué le puedo ser útil, pues repito que he quedado entusiasmado con su artículo y desearía, cuanto antes mejor, estar a su lado para hacerme un buen cristiano, siguiendo sus consejos.

Espero con ansiedad su contestación.

No queriendo molestarle más, aprovecho ésta para pedirle me envíe 2 ejemplares de El Cristianismo Social.

En espera de ser atendido, queda suyo este su atento servidor q. e. s. m.

José M. Suárez.

Saís, 4-2-32.»

Algún lector de la transcrita carta, es posible que vea en su autor a uno que seguiría a Jesús por el pan y por los peces; nosotros, al contrario, vemos materia apropiada y en disposición de ser útil, materia transformable y en condiciones de espiritualizarse. ¿Es que no hay razón para detestar al Cristianismo, si sólo se conoce por los frutos que han dado los métodos trazados por sus directores, que han sido peores que los

de los fariseos de la época de Jesús?

Lo que corresponde ahora hacer con todos los que se encuentran en las mismas condiciones que el Sr. Suárez es trabajarlos, convertirlos, pues, como se ve, ellos mismos lo están pidiendo. No hay necesidad de ir al Africa ni a Oceanía para encontrar almas extraviadas y atraerlas al buen camino, puesto que aquí mismo las tenemos por millares de millares. Y esta excelsa tarea la debe hacer el Cristianismo Social. Ya ven nuestros lectores: un ateo que está dispuesto a dejarse guiar por un cristiano. Y en esta disposición, ¿cree alguien que no se puede sacar un excelente partido? El Cristianismo que tiene por lema *Ama a tu prójimo como a tí mismo*, que es la quinta esencia de la fraternidad y de la igualdad; el Cristianismo que detesta las guerras; el Cristianismo que quiere abolir la explotación del hombre por el hombre; el Cristianismo que quiere regenerar simultáneamente el cuerpo y el alma, ha de obrar prodigios. Vengan 50 individuos incrédulos empedernidos, pero dispuestos a dejarse modelar, puesto que no hay peor sorudo que el que no quiere oír, ingresen todos en una Colonia Cristiana Social y en un año quedarán convertidos en 50 ángeles.

En una de sus bellísimas Parábolas Jesús nos habla de un banquete nupcial. Los invitados preferidos rechazaron el convite y el potentado mandó por los caminos a sus criados para que invitaran a cuantos encontraran, buenos y malos, llenándose la inmensa sala de comensales y se celebró la boda con gran pompa. Un caso hubo desagradable de uno que se negó a ponerse el traje de boda que el dueño tenía a disposición de los convidados, siendo esto una costumbre oriental; pero tal rebeldía, si ocurriera en una Colonia, sería sólo fatal para el rebelde, como aconteció al de la Parábola.

El contenido de la carta que glosamos, es para nosotros una revelación. En una Colonia Cristiana Social todo el mundo se transformará. Y no se diga que intentamos implantar la anarquía en pequeño, pues ya hemos dicho más de una vez que lo más sublime de la filosofía anarquista está plagiado de la filosofía cristiana.

Sólo en el Cristianismo Social está la salvación del mundo, si es que no se tarda en implantarlo.

El Cristianismo Social es el único Cristianismo que mana purísimo del Evangelio y que no se practica desde que los cristianos auténticos salieron de las Catacumbas de Roma a mostrarse, engañados, al mundo, confundiendo lo que les hicieron creer era su libertad con lo que verdaderamente era su esclavitud, pues